

fundamental es que el artista sepa colocarse dentro del oleaje de su gracia, es decir, que ponga en «hervor» su propia profundidad. Desde ahí cuanto haga traerá un designio nuevo, porque se nutrirá de las materias de su propia sangre.

«Trópico» tiene ese dulzor de la pulpa interior. El poeta ha sabido poner en libertad sus mejores potencias de artista subjetivo, dejando que el lenguaje cumpla con una alta función de humanizar el sentimiento. El amor, que se entrega contadas veces en una vida, corre en este libro como un chorro bienhechor. Es lo misterioso y tremendo del propio corazón que sale a explorar las cosas del mundo y retorna cargado de ansias nuevas y perdones infinitos. Conforme crece esa angustia de dar, la vida se ensancha, cobra valores y perspectivas infinitas. Y desde entonces toda agonía proyecta una sucesión gozosa de luz, porque lo mismo trabaja para un designio impenetrable que se encorva sobre la pobre entraña sangrante del hombre.

Fermín Estrella Gutiérrez ha logrado madurar esa fuerza sutil y dramática. Su obra la transparenta a través de emocionados cambiantes. Por toda ella cruza un pulso de hombre vivo que se ha propuesto enderezar lo mejor de su ser a fin de enaltecer el destino del arte.—RICARDO TUDELA.

<https://doi.org/10.29393/At143-109ATHD10109>

HORIZONTE DESPIERTO, poemas de Gerardo Seguel

Fué en *Dos campanarios a la orilla del cielo*, su segundo libro en el que Gerardo Seguel fijó nítidamente su temperamento, desprendiéndose del círculo de adolescentes influencias. Apareció su condición lírica independizada y su autonomía débil y tranquila enderezó sus filamentos sosteniendo una atmósfera de personal significación. Poemario breve en que la vaguedad del sentimiento apuntaba su perfil movedizo en versos de conseguida transparencia y de metáforas discretas y crepusculares. «No

sé cantar con palabras de sol», exclamaba con tristeza encogida. En este sentido, su postura frente al poema permanecía en su inicial dolencia melancólica que era la nota dominante de su *Hombre de Otoño*. Palabras suaves, escogidas con reconcentrada ternura, envolvían una fina intención sensitiva o más bien acentuaban la capacidad sensorial de Seguel, revelaba higiénicamente o sea, hasta el exacto límite de la expresión hallada. Firme el instrumento húmedo de su canto, notas llovidas y amarillas cristalizaban el sueño o la desesperanza. Era tenue la experiencia recogida de su ritmo, pero penetraba con seguridad su dulzura elemental y cierta. Sugestivo, su presencia delicada habría la certidumbre de una voz adulta y sobria. Porque la sobriedad y su facultad deterensiva controlaban su verso. Virtud interior que le impedía la dispersión y el acento inútil y complementario. Sin comentar el poema, sin extenderlo por oficio. Sólo en su medida urgente para vivir como poema. Afuera la estridencia y el humorismo, sin viabilidad lo objetivo como elemento de decoración; sí, en su suceso relacionador para completar el volumen del canto.

«A la orilla de tu mirada tiemblan árboles pequeños» o «miro tus ojos para saber si está lloviendo», decía blandamente. Porque existía blandura, levedad, no porque dejara de ser intenso sino que la fuerza interna se equilibraba, adquiriendo una tonalidad afortunada y sostenida, sin excursiones inarmónicas. Su serenidad no hacía caber en su latido la exaltación robusta y deportiva, la fuerza espectacular o el quejido lamentable. La tristeza alcanzaba una dignidad de varón contenido. Nunca partía el sollozo su uña sobrecogedora, ni se quebraba en metales quemantes. Algo subterráneo que sentíase vivir en la superficie de las palabras, en sus espacios de tan seguro idioma, fluía como la delgada presencia de la leche. Intimidad sin violencia, queja sin grito, pena a la sordina.

Su último libro, *Horizonte despierto* (1) contiene esencial-

(1) Editorial Panorama.—Santiago.

mente la fisonomía de Gerardo Seguel; queremos decir que no pierde su fisonomía de poeta, porque no rompe su línea de continuidad ni standariza su canto. La actitud frente al mundo, es verdad, cambia. No es el problema individual como fenómeno aislado el que asume la responsabilidad directriz de su poesía ni el hombre introvertido que sólo le da vigencia a la soledad introspectiva, a la mirada permanente de su propia vida interior, al cultivo de su psicología circunscrita y limitada. La órbita extiende sus anillos acupando situaciones más vastas y el poeta entra a actuar como ser social, enterrando su inquietud en la actualidad circundante, agregándole al poema el elemento político; agregándoselo o mejor, mezclando su materia hasta hacerla una e indivisible con los demás factores que integran el carácter poético del poema: Porque en él de Seguel no se pueden separar ambas substancias, pues en el fondo las dos son una sola.

Bajo el turbio cielo de las grandes ciudades,
respiran fatigadas las fábricas oscuras,
poderosas garras de acero, más fuerte que la noche,
entre las cuales se mueven flotantes y sonámbulas
las vidas obstinadas de los obreros.

No standariza su canto. Esto es respetable, aunque a veces recurre a trucos efectista o de clisé. Pero no se debe insistir. Son escasos. O les infunde seriedad; su honradez y sinceridad es ejemplar, tanto política como poética. Los aspectos políticos y sociales comunes a sectores numerosos, los sentimientos en estado de latencia o evidencia—aunque se presenta no sólo solidario con éstos sino como uno de los tantos que los sienten—al interpretarlos su voz no extravía su peculiaridad levantada. No habla como uno de ellos. No es su voz la voz de la masa, la voz colectiva. No puede serlo tampoco la del poeta. Esta, la masa, puede considerarse comprendida o creerse interpretada

y el poeta hasta representarla, pero no puede ser su voz porque sus lenguajes son diferentes. El poeta, cuando por un afán de inteligencia o por darle respuesta a una doctrina pretende ser la voz *masiva* pierde su función de tal haciendo teoría o panfleto o sociología o deviene su intención en un frío resultado que la masa no entiende, ni siquiera siente, que es lo importante. Seguel no ha pretendido ni intentado nada. Ha cantado, simplemente. Lo que ha herido o tocado su sensibilidad, no su inteligencia. No sabemos si el obrero vibrará con su poesía. Creemos que tampoco ha sido publicada para él. Tenemos, sí, seguridad que en Seguel intuirá un hermano o compañero.

No obstante Gerardo Seguel no es un poeta objetivo. Ha penetrado tanto en su ser el fenómeno externo de índole política y social que de él sólo sale con una acentuada intimidad. No hacemos paradoja. Al contrario, el suceso ambiental lo vemos primero como un proceso subjetivo en el espíritu del poeta para después traducirse en convicción, y por fin coger su realidad, pero siempre desde un ángulo diferenciado y con manos inéditas. Porque la poesía de Seguel no recuerda ninguna otra que haya usado idénticos motivos. Es original, sorpresivamente original porque en el territorio por el cual transita es frecuente el uniforme. Difícil independencia que le agregue categoría.

Veamos como canta su trayecto hacia la lucha social:

Varias sendas en mi alma convivían.
Yo buscaba mi ser en la marea del cielo,
que entre tempestades sonámbulas
o en el destino ardiente de un gran amor;
junto a los verdes rebaños de colinas
o bajo las noches de piedra y viento;
hurgando entre países de colores dispersos,
resbalando entre climas de distinta hondura,
en estas lentas ciudades del mundo.

Y vino mi vida de donde se formaba:
 en las semillas humildes de una noche lejana,
 en la alta mar de los años más antiguos;
 del tímido dolor de los hombres ya muertos;
 de las aldeas que el viento había gastado,
 con sus niños llorando en la vereda;
 de los campos que viven penosamente
 y la densa vigilia de las fábricas sedientas.

.....
 He llegado del fondo de la palabra ensueño,
 del follaje ardiente de una huelga que crece,
 de las cenizas de un combate perdido.

Sin ser objetivo Gerardo Seguel ha fijado, sin embargo, la realidad agudamente. La existencia agraria de Lonquimay, con su vida telúrica y climatérica y con el signo humano del campesino «tan ausente de las ciudades y los trenes»; la «atmósfera de la prisión» con sus «rincones podridos y oscuros», con su peso de fatalidad conquistada donde se piensa en «la idea clara de las flores»; el hecho peligroso de la lucha social donde el riesgo persigue al riesgo, donde parece que fuera inevitable la «necesidad de arriesgar el destino» que decía Stendhal, transcurre con una simplicidad extraordinaria, repleta de poderosas sugerencias. Con las palabras cotidianas, con la voz que se da el buen día, Gerardo Seguel construye sus poemas con una limpieza alimenticia de agua de riego. No es corriente en la lírica de Chile una poesía elaborada con tan elementales materiales y con tan sentido y humano contenido. Nadie, tampoco — a lo menos que nosotros sepamos — ha cantado con más belleza su infancia, su «infancia descalza», ni precisado con más fuerza una niñez desamparada:

Mi infancia sólo supo sentirse propietaria
 del hambre que habitaba cada rincón de la casa.

«Horizonte despierto» tiene un lugar apartado y vertical en el panorama lírico criollo. En su tendencia, es la voz más alta del país. Por el momento, nadie le disputa su tamaño.—ARTURO TRONCOSO.

PANORAMA DE LA LITERATURA ECUATORIANA, por Augusto Arias.

Inicialmente es agradable constatar la utilidad de este volumen diminuto, pero apretado de informaciones. Sirve para conocer la literatura ecuatoriana. No hay nombre de algún valor que no se fije en sus páginas ni obra de cierta importancia que no afirma algunas de sus cualidades distintivas, aunque sea de manera rápida o escasa. Pero no se debe olvidar que es un panorama, una síntesis antes que un análisis, síntesis en general acertada, sobre todo en lo que se refiere a los escritores anteriores a nuestro siglo. Este no significa que tratando a los del presente también no lo sea, sino que hay varios a los cuales no les diferencia, mereciéndolo, y sólo se contenta con enumerarlos. Es el caso de Jorge Icaza, Humberto Salvador, Diez Canseco, Aguilera Malta y otros.

Augusto Arias hace partir su panorama (1) desde el cacique de Tumbaco, Jacinto Collahuazo, autor de una elegía a la muerte de Atahualpa, único nombre que permanece de ese tiempo, debido acaso a que Juan León Mera en su *Ojeada Crítica de la Poesía Ecuatoriana* reproduce su poema quechua que no tiene otra significación que la prioridad en la historia literaria del Ecuador. En el siglo XVI, a los cronistas de Indias que se ocuparon de su país, Augusto Arias los considera como connacionales, ya que en sus crónicas se encuentran los elementos germinativos de la historia de la nacionalidad ecuatoriana. En este pá-

(1) Publicaciones del Grupo América Quito.